

nombre de una liberación que no liberta, en contra de una maniatación que no maniat.

Bueno es que luchemos contra los prejuicios, pero no luchemos contra los sentimientos!

Bueno es sentir un amor infinito por la humanidad que sufre y que nuestro anhelo justiciero se torne en un amor solidario. Pero, que quede un rinconcito para el cariño único; que en el fondo de todos nuestros afectos levantemos un altarcito de oculta, de pura adoración a nuestro ídolo minúsculo, a la mujer que comparte con nosotros dolores, esperanzas y, con ellos, la hora infinitesimal de placer y de caricias que son a la manera de un pequeño oasis en el desierto del sufrimiento y de la desolación.

Si, déjame amar; amemos a la mujer que es bálsamo que cauteriza nuestras heridas; que es el ser dulce y dadivoso que calma la mendicidad de nuestras almas; que embellece el espacio inconmensurable, cobijándonos a los hombres, fantasmas miserables de dolor, de odio y de miseria, bajo el cálido abrigo de su cariño, ora como madre, otra como amante, cuando nos tiene en su vientre o cuando nos entrelaza en sus brazos, como una cadena aromática, saturada de infinitas delicias, de delicias inefables.

Nada más venerable que la mujer, querido: ella es la sonrisa de la vida, el perfume del ensueño!

Bebamos la incomparable dulzura de sus generosos labios y embriaguémonos de delirios ante las ardientes miradas que compendian todas las emociones, las esperanzas todas!

Glorifiquémosla, pues, como la flor más preciada de la existencia, cuyo perfume encanta y aromatiza el mundo!

Tú no sabes, querido, lo que es amar después de una adolescencia de pesares; cuando el dolor es una verdad que marca sus mordeduras en nuestros corazones; cuando en

medio de ese crepúsculo sin horizontes emerge una constelación como una esperanza; y esa constelación es un corazón que ama, unos labios que besan y un cuerpo que crepita en frémitos de pasión devoradora.

¡Oh! No me hables de trucidar la vida. La vida fuera del amor es la muerte!

—Pobre amigo! Si tu entusiasmo ha puesto en tus frases todo el fuego del mal que te devora, me lo explico, porque toda pasión es una red y todo maniatado en los lazos del cariño cree beber el néctar de los dioses, de los labios de la mujer que lo engaña con sus palabras, lo seduce con sus sonrisas y, por fin, lo enerva hasta con los estremecimientos de su carne sacudida en espasmos voluptuosos.

Y tú, un espíritu libre, crees esa ficción perdurable y definitiva! Tú, por miedo a la soledad, amas y veneras las cadenas que maniatan, porque esas cadenas son brazos perfumados, carne tibia. Porque esa carne habla y te miente; porque esa carne ríe y te halaga; porque esa carne goza y te aniquila; y el desgaste de tus energías, la triste declinación de tu individualidad, tú los descifras amor, tú los disfrazas gratitud.

* * *

Mateo Fiacrán salió del café presa de triste demencia; las palabras de su amigo eran tormentosa tortura para su corazón enamorado. Y sintió cólera, una cólera incontenible. Lo consideraba un enfermo, indigno de ese extásis divino, de esa explosión gloriosa de los corazones: el amor.

Y se fué camino de casita, allí donde estaba su Soledad, para ahogar su desagrado y olvidar sus amarguras con besos dulces, incomparables.

Su amor era su orgullo, y afrentárselo así era para Fiacrán imperdonable. Pero, un estremecimiento sacudía su cuerpo, y su corazón tre-